

www.elboomeran.com

HERVÉ GUIBERT

MIS PADRES

TRADUCCIÓN
DELFIN GÓMEZ MARCOS

CABARET VOLTAIRE

2020

www.elboomeran.com

PRIMERA EDICIÓN *enero 2020*
TÍTULO ORIGINAL *Mes parents*

Publicado por
EDITORIAL CABARET VOLTAIRE S.L.
info@cabaretvoltaire.es
www.cabaretvoltaire.es

©1986 Éditions Gallimard
©de la traducción, 2020 Delfín Gómez Marcos
©de esta edición, 2020 Editorial Cabaret Voltaire SL

BIC: FA
ISBN-13: 978-84-949414-8-1
DEPÓSITO LEGAL: M-1258-2020
Printed in Spain

Dirección y Diseño de la Colección
MIGUEL LÁZARO GARCÍA
JOSÉ MIGUEL POMARES VALDIVIA

«Esta obra se benefició del P.A.P. GARCÍA LORCA,
programa de publicación del Institut français
y del Ministerio francés de Asuntos Exteriores y Europeos.»

FOTOGRAFÍAS
Cubierta: *Autorretrato* (1976), Hervé Guibert.
Derechos reservados

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro -incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet- y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

A nadie

El jueves 21 de julio de 1983, mientras yo estaba en la isla de Elba y su hermana Suzanne en su casa de campo de Gisors, en el autobús 49, ese que la lleva a la Gare du Nord, donde comprará un billete para los próximos días, mi tía abuela Louise, de setenta y seis años, empieza a sentirse indispuesta. Piensa que se va a morir. Baja del autobús. Se encuentra un poco mejor. Con todo, decide ir a la estación; coge el metro, puede que haya sido el vaivén del autobús justo después de comer lo que le ha provocado el mareo. Sin embargo, nunca había sentido la muerte de manera tan precisa, tan intensa. En su mente cobra forma una nueva certeza; toma una decisión. A su vuelta, se detiene en el rellano del segundo piso y gira la llave que siempre permanece puesta en el exterior de la puerta del

apartamento de Suzanne. No hay nadie, los postigos están echados, a oscuras hace menos calor, se pasa de nuevo la mano por su frente, suda demasiado. Sabe que debe actuar rápido si no quiere que el cargo de conciencia, o que incluso el arrepentimiento, lo echen todo a perder. Esa mujer religiosa se comporta como un vándalo. Abre uno por uno los cajones del escritorio de Suzanne, deja marcas en las esquinas de los frágiles legajos, los hojea nerviosamente, arrugándolos, aparta los que le inspiran sospecha y se enfada por no encontrar los documentos que la tienen atormentada, descubre por casualidad el cuaderno de viaje de Suzanne, nada más abrirlo lee algo que le resulta obsceno y lo deja con el resto de los papeles, corre como una posesa hacia el monumental armario del dormitorio, parece pelearse con los vestidos, al tirar de uno demasiado viejo se queda con un trozo de seda en la mano mientras los hombros permanecen colgados en la percha, y por fin, allí están, en un pequeño cajón del fondo, aun sabiendo de su existencia, jamás se había atrevido a violar el secreto que guardan, basura no son más que basura que debe acabar junto al resto de la basura, ni siquiera se toma la molestia de conocer su contenido exacto, ya el vago recuerdo

que suscitan es suficientemente bochornoso, los apila sobre el cuaderno de viaje y sube al tercer piso para quemarlos en la cocina. Está cansada, se mezclan en ella por primera vez el sentimiento de culpa y el de quien sabe que ha hecho lo correcto.

Cuando, desde la isla de Elba, llamo a Suzanne, de vuelta de Gisors, para ver qué tal le ha ido, sé por su voz que está conmocionada: me cuenta lo que ha hecho Louise. Siempre había confiado en ella. A mi regreso le hago algunas preguntas. Comprendo que no quiera decirme de qué papeles se trata. Insisto. Me pregunta: «¿Quieres a tu madre?». No respondí, claro está. «Entonces mejor que no lo sepas —dice ella—, tu pobre madre está demasiado enferma, no puedo hacerle eso». Le digo que la imaginación es infinitamente más macabra que la realidad. «Entonces imagina que tu madre es un demonio, un vampiro, una arpía», me contesta.

El 8 de septiembre voy a celebrar el cumpleaños de Suzanne, que ha regresado de Gisors. En el jardín, sentada en su sillón de mimbre después del almuerzo, ella que no es cristiana, me habla de pecados y de castigos, de penas, de expiaciones. Eso

vuelve a poner sobre la mesa la afrenta cometida por mi madre, esa que aún no me ha querido revelar. Le digo que adoro la infamia. Ella me dice: «Entonces serás tú quien escriba ese libro sobre la infamia que yo no he sido capaz de escribir». Le pregunto si mi madre le ha faltado a alguno de sus perros, le pregunto por el nombre de las víctimas de su comportamiento, y me dice que no hay víctimas, pero añade, con una profunda aversión, que se trata de algo sucio. Promete que me lo contará todo a mi vuelta de México...

Cuando mi padre tiene veintinueve años, la misma edad que tengo hoy, cuando comienzo este relato, vive en Niza: cuenta con una consulta veterinaria, con dos caballos, con un Ford verde, con un velero y está prometido a una joven burguesa. Su tío Raoul le confía a la persona que treinta y cinco años más tarde me lo cuenta que se dispone a comprar un frac para asistir a la boda. Unos meses más tarde, mi padre deja Niza precipitadamente y regresa a París, sin una muda de repuesto; vuelve a vivir a expensas de su madre, trabajadora de la Seguridad Social, y retoma sus estudios de medicina.

En ese mismo momento, mi madre, que cursa sus estudios de óptica, está perdidamente enamorada del párroco de Courlandon; le roba dinero a su tía para dárselo; se hace acompañar en bicicleta por su hermana Gisèle y su prima Micheline hasta la casa parroquial; las dos cómplices hacen guardia mientras mi madre intercambia esos pocos billetes que ha conseguido sisar por los achuchones del sacerdote.

Mi madre le confiesa a su tía, que la acogió siendo una niña, huerfanita vestida de negro cuando su padre se cayó con el coche al canal y se ahogó, que está embarazada del párroco. Mi tía abuela Suzanne, que vive aquel incidente como la mayor de las deshonras, no se atreve a contárselo a su marido, y en cambio se lo cuenta a una de sus amigas, Suzanne, la violinista, que es la tía de mi padre. Las dos Suzanne se ponen de acuerdo para cerrar lo antes posible el trato, y vuelven a presentar a los dos jóvenes que ya se conocieron en la adolescencia, cuando mi padre tenía quince años y mi madre ocho.

Apenas un mes más tarde, tiene lugar la cita en el despacho del tío y de la tía de mi madre, que son farmacéuticos. La tía Suzanne por parte de mi

padre también está presente. Mi madre anuncia a su tío que está embarazada de aquel joven, Serge. A renglón seguido, mi padre exige una suma de catorce millones: quiere volver a ejercer de veterinario y comprar una clínica que ha visto en la Avenue Mozart. El tío le recrimina a aquel que podría ser su yerno (siempre ha tratado a mi madre como a una hija): «¡Serás sinvergüenza! ¡Tú lo que quieres es estafarnos! ¡Vete de aquí! No te necesitamos para educar a la hija de Jeannine...». Mi madre rompe a llorar y se lleva a mi padre, que ya estaba listo para salir de allí pitando, hasta el piso superior de la casa, donde le suplica que se quede: «Tendrás ese dinero, ¡te lo juro!». «¿Y cómo lo harás?», pregunta mi padre. «Les chantajearé —replica mi madre—. El oro que tienen lo han adquirido de manera ilícita. ¡O nos lo dejan o les denunciaremos!» Mi madre y mi padre se casan el 28 de abril de 1951, cinco meses antes del nacimiento de mi hermana, Dominique.

A mi vuelta de México, Suzanne desembucha todo: la historia de amor entre mi madre y el párroco, su embarazo, la estratagema de las dos amigas que casan a su sobrina y a su sobrino antes de que estos se conozcan, el chantaje por dinero, las

amenazas de denuncia. Me dice que mi padre es un gánster, un aventurero, y que por eso tuvo que huir a Niza como un miserable: con el mismo chantaje, engatusó a una joven de buena familia para sacarle luego todo el dinero. Pero el plan no salió como él pensaba, de ahí que mi padre se viese huyendo y privado de sus pertenencias. Debo tener en Niza un hermanastro, tal y como ha dejado caer discretamente mi padre en alguna ocasión. Además, mi hermana no es mi hermana, sino mi hermanastra, la hija del párroco. Mis padres se casaron sin llegar a amarse. Encima Suzanne me suelta: «Porque tú eres judío, ya sabes, sois judíos». Me quedé de piedra: mi padre siempre había intentado diferenciarse con astucia de los judíos. Suzanne está convencida: «Eres judío, por eso tu padre tuvo que huir de Alemania, porque llevaba el apellido de su madre, Neethofer, que es un apellido judío; a su padre, Lucien Guibert, no lo conoció y, aunque se puso ese apellido, ya era demasiado tarde; Guibert no es tu verdadero apellido; otra prueba de que eres judío: hizo que te circuncidaran». En ese momento, me vi obligado a pensar en mi pene; mi glande está más que cubierto por su prepucio. Sin embargo, Louise añade algunos detalles: «Lo recuerdo, te circuncidaron

cuando eras pequeño. Un día fui a vuestra casa y tú me dijiste que tenías una pupa y quisiste enseñármela...». Algo no cuadra en esta historia.

Mis padres se mudan a la casa de la tía de mi padre, Suzanne Logeart, que vive sola en un apartamento del número 68 de la Rue Michel-Ange desde que falleció su marido Raoul en el sanatorio. Mi padre le pide a un buen amigo de su otra tía, Geneviève, que le preste dinero: se trata de Bobby, vive en Antananarivo y administra una plantación de cacao. Este hombre sabe que se está quedando ciego, se va a la playa, se sienta en la orilla y se mete una bala en la sien con su escopeta, Suzanne me dice que mi padre se frotó las manos por no tener que devolverle el préstamo. Con el dinero se compra material de radiología, transforma la cocina de su tía, el despacho y una parte del salón en consulta veterinaria, e instala una placa en la calle. Mi madre hace de secretaria, y de asistente, se pone una bata blanca para inmovilizar a los perros y quitarles el bozal. No tienen demasiados clientes, a veces son de renombre (Brigitte Bardot, o el príncipe Yusúpov, que fue quien mató a Rasputín. Cuando yo era pequeño, el nombre de aquellos clientes